

Primer premio
del Grupo D
del Concurso
«Fiesta del Libro»

Los mejores libros que he leído

Por JOSE LUIS ENDRINO
(Alumno del Curso Preuniversitario del
Instituto «Virgen del Carmen», de Jaén)

EL HOMBRE.—Ese microcosmos andante que está tan vinculado a nuestro ser y con el que nos encontramos a cada paso es un gran cosmos de problemas, aunque, a veces, no constituya un problema el resolverlos. Pero hay uno que nos llama particularmente la atención: busca la felicidad aunque, bien es verdad, materializada y concretizada en un ser al que con propiedad le podemos atribuir el nombre de "su amigo".

Un luchar activo y dinámico contra sus facultades en la consecución de aquellos medios que, por ser conductores a su bien, son también sus amigos. En busca de un amigo el hombre se casa o prefiere escoger el celibato, amontona moneda o despilfarra su dinero, lee—precisamente a este punto quería yo llegar—, el hombre lee buscando una amistad que nos revele los secretos de sus páginas, que nos ilumine, ilustre y guíe de la misma manera que un hábil piloto guía su nave, y a la que podamos confiar lo más íntimo de nuestros pensamientos. Y esto es así porque sabemos que como un guarda fiel los entremezclará en difuso "cock-tail" entre sus miles de letras y formando un confuso mar de figuras y pensamientos les hará pasar inadvertidos como por arte de magia, en el loco caminar del tiempo.

Ya lo decían nuestros abuelos: "Un buen libro es el mejor amigo." Ya lo consignaba John Milton: "Books are the life-blood of precious spirits". Precisamente porque son el nervio que sacude la plenitud de nuestro ser y domina tiránicamente la totalidad de los planos de la vida en los que ha instalado su trono de papel.

LAS "CONFESIONES" DE SAN AGUSTIN

Pero dejemos a un lado estas consabidas consideraciones generales para entrar de lleno en el meollo del tema. "Al grano" del asunto, aunque no puedo hablar de grano en lo que puedo ofrecer de este tema, donde la profundidad del mismo va a brillar precisamente por su ausencia. Me deleitaba un día en la realización de aquel jocoso dicho: "la ociosidad es la madre de la vida padre", cuando fortuitamente, por nueva casualidad, me encontré que tenía un libro en las manos; lo abrí maquinalmente, aunque mis facultades se hallaban a varias millas de distancia del lugar donde tenía centrada la vista. Pero leí un párrafo que me gustó, e instintivamente miré en la primera página, descubriendo que aquel libro, cuyas páginas me eran tan familiares, no era ni más ni menos que *Las confesiones*, de San Agustín.

Me acordé de aquel santo doctor de la Iglesia y recordé cómo, en caso semejante, él había recibido la Santa Biblia, que había de ser uno de los grandes eslabones que tomaran parte en la cadena de su conversión. Sólo que en este caso faltaba un ángel que le diera siquiera una nota decorativa al ambiente, y lo que es más importante, el espíritu del santo y su vigorosa personalidad, aunque las circunstancias fuesen en cierto modo y a mi parecer semejantes.

Así cayó el libro en mis manos; así se descorrió el telón que antes me impedía ver la gran obra que entre sus páginas se ejecutaba, y desde aquel momento comencé a contemplar, entre bastidores, la tramoya gigantesca, espectacular, dinámica, de una vida que tenía como primer actor y autor un personaje famoso, un temple extraordinario, un coloso de la historia: San Agustín.

FRENTE A MI PROPIA VIDA

Las confesiones se me presentaban así de buenas a primeras, como un hecho inverosímil, como la representación de mi propia vida; me parecía estar sumido en un sueño en el que repasaba un libro escrito por mi puño y letra y en el que realizaba una autocrítica de mis pasados hechos. Yo que nunca había leído un libro bueno siquiera por equivocación, en seguida me percaté que aquel libro no era algo vulgar, no era ninguna de aquellas aventuras novelescas, de aquellas ponzoñosas producciones centradas por personajes acabadamente mundanos; de aquellos escritos sembradores del vicio y de la corrupción, que en nuestra juventud vamos asimilando poco a poco hasta llegar a lo inverosímil, hasta producirnos el atragantamiento; de aquellas lecturas vanas, volubles, cambiantes como las arenas del desierto, que parece que engendran el bien y en el fondo están cuajadas de mal; era por el contrario un espejo donde se proyectaba la bondad divina, era algo sobrenatural densamente espiritual; su contenido era singular, íntimo, sublime, perfecto.

Yo hasta entonces había saltado de lectura como abeja de flor en flor, buscando un néctar que no hallaba, lo dulce que pudieran ofrecerme y que había de dejar en mi alma una sensación de mal gusto con su sello indeleble de melancólico vacío, del que era portador su ponzoña.

Yo vivía sobre un volcán de fuego, y lo gracioso del caso es ¡que no me daba cuenta! Fue precisamente este libro magistral el que por antitesia me hizo percibir el bramido horrrisono que allá en el fondo de mi ser formaba al bullir la ardiente lava de las pasiones.

Es difícil reconocer nuestros pasados hechos cuando éstos son reprobables; por eso, este golpe, este encontronazo entre mi ser y sus pasados hechos, me hizo padecer algo así como un aturdimiento; sentía grandes deseos de gritar: No; no puedo; no puedo. Sentía ansias de arrojar lejos de mí aquel libro, que no era, ni más ni menos, que mi propia conciencia; de lanzarlo por las oscuras aguas del río del olvido, donde se mezclase con la turbia corriente del silencio y seguir viviendo mi vida, si es que a aquello se le podía atribuir el nombre de vida.

Una voz interior, por el contrario, me reprimía, asegurándome que si podía, que tenía que enfrentarme con la realidad, había de sacar fuerzas de flaqueza y hacer de tripas corazón y continuar leyendo, leyendo lo que, en realidad, ya sabía, hasta caer rendido por el cansancio, hasta lograr que todos aquellos fantasmas que antes me habían obcecado y que me habían llevado incluso a rendirles tributo de adoración, les echase de mi alma, les produjese una desbandada general en tropel, para lo cual no podía escatimar los medios.

Lo mismo que Hércules hubo de hacer al desviar las aguas del río Menio para limpiar los establos de Augias, en mi caso, necesariamente, tenía que tomar medidas extremas. Estas medidas ya sabía dónde hallarlas, había encontrado una fuente radiante cuya agua producía un efecto maravilloso: era el agua de la vida, el agua de aquel pasaje de la Samaritana en el Evangelio, agua que al beberla no volvía a dominar la sed los sentidos, cuya sola gota era suficiente para atravesar el desierto de esta vida, que lavaría mi ser de toda su podredumbre, virulencia y corruptibilidad, que la limpiaría de todos aquellos fantasmas, duendes, trasgos y brujas, sin peligro de contaminarse en el enervante mundo donde la voluntad naufragaba.

Esta fuente se encontraba en aquel hallazgo: *Las confesiones*. Ellas marcaban una vida, si despreciable al principio, henchida de santidad a su final; presentaban una vida llena de triunfos y reveses, pero con un gran triunfo que eclipsaba a todos los demás, porque la luz que de él dimanaba no era una luz cualquiera, era una luz que

provenía de allende la región de las estrellas; era una luz espiritual que encendía su espíritu con santo ardor y que se contagiaba a todo aquel que se acercase a contemplarla; luz refulgente, brillante y cegadora, porque provenía de Dios, mística y sublime, y de tan gran poder de energía, que los pobremente preparados para recibirla sólo nos podíamos acercar a ella despaacio, paso a paso, hasta poder aclimatarnos a su calor.

MI IDEAL PARA LA JUVENTUD DE HOY

La vida de San Agustín nos presenta un ideal de vida a la juventud actual, que nos caracterizamos precisamente por estar desprovistos de ideal, tristes sombras que marchamos a favor del viento de un lado para otro, hallándose la voluntad sometida a la opresión inicua de las pasiones; no protesta airada, sino que simplemente se deja tambalear de acá para allá, mostrando una vida regalona, muelle, fácil, sin valor, insulsa y sin sazonar; soñando sólo en que se irá apenas aparezca el crepúsculo vespertino. Sin haber dejado una sola huella que señale nuestro paso, y cuyo solo comentario correrá de parte de unos viejos doblados por los años y acurrucados sobre el fuego, que añoran con nostalgia una juventud que ya no volverá.

Para nuestra naturaleza inquieta, siempre sedienta de placeres hedonistas, que ha colocado el timón rumbo a los bienes materiales, que acoge lo que le conviene y muestra una especial repugnancia hacia aquello que no le interesa, la vida de San Agustín se nos presenta como un faro colocado cerca del puerto de la eterna felicidad y que nos está diciendo que él estuvo un momento derrumbado, pero que de sus ruinas ha surgido un coloso, más perfecto aún si cabe que la propia obra, que se yergue majestático, que quiere limpiar nuestra vista de aquella ceguera que a él le había atacado antes; que quiere transformar, al caerse las escamas que nos impiden ver, nuestra mirada mortecina en mirada viva que comprenda la verdad y que admita la falacia de sus anteriores prejuicios.

Quiere San Agustín que lo que antes habíamos defendido: nuestro modo de ser para acallar nuestra conciencia, nuestra vergüenza, porque no éramos más desvergonzados, nuestro tedio hacia el bien, nuestras nocivas pasiones, y que lo hacíamos con gran energía, con una fuerza impropia de nuestra edad, de nuestra estatura, pero que era al fin y al cabo fuerza y no chica fuerza, la volvamos ahora en defender lo contrario y, si es preciso, emplear más energía, mucho más ímpetu; que la formidable reacción tenga un poder fantástico que cure la virulencia de nuestra alma; que lo hagamos como él, con resistencia de acero, y aunque flexible y adaptable, que sea sin mengua de energía.

Sus frases revoloteaban un momento sobre mi cabeza y parecía que se quedaban un momento inmóviles sobre ella, de la misma manera que el águila se posa inmóvil sobre la víctima, quizá recreándose con saña antes de empezar el ataque, para caer luego de golpe y porrazo como un rayo y hacer el efecto de un dardo que se clavase sobre aquel entendimiento que antes no las había querido escuchar.

Sus frases repercutían sobre mi cabeza a la manera de fuertes aldabonazos, dados tanto más fuertes cuanto la puerta de mis sentimientos se hallaba cerrada a ellas, y a la vez me hacían el efecto de fuertes latigazos de sangre febril sobre las sienes, hasta que lograron remover el peso de mi impotencia.

Las preveía como grandes martillos y cincelos esculturales de mi alma, que le habían de redondear de todas sus aristas y abruptas esquinas de defectos y prejuicios que la habían convertido en algo completamente desfigurado de aquello que era la obra del Creador.

EN EL CENTRO, DIOS

Alabando y engrandeciendo el nombre del Señor comienza San Agustín su obra: "Grande sois, Señor, y muy digno de alabanza." Establece como primera premisa el conocer a Dios, el conocer su obra, ya que Dios es precisamente conocido por el gran desconocimiento que de El tenemos los humanos. Grande es esta obra, que desde el primer momento está dedicada a Dios, pidiéndole que la presida; sus efectos no se pueden hacer esperar. Yo me pregunto qué lugar ocupa Dios en nuestras vidas; en qué plano le hemos colocado, si acaso le hemos dado el último puesto posponiéndolo a todos los demás.

Le hemos dejado allá solo, le hemos dado un puesto solitario allá en el Sagrario y nos hemos alejado de El; le hemos dado la vuelta al crucifijo para obrar más "libremente" a nuestro antojo, a nuestro más ligero parecer; en cada cruz hemos puesto un Cristo para que, al verla que ya no está vacía, no pese sobre nuestra conciencia el remordimiento de que no la hemos abrazado, para que no seamos nosotros los que la tengamos que cargar sobre nuestras espaldas, aunque sólo fuese a regañadientes, de mala gana, como lo hizo aquel habitante de Cirene.

Y es que se ha perdido la creencia en Dios, falta la fe; la iniquidad, la injusticia y el desorden reinan por doquier; una corriente de ateísmo materialista ocupa los llanos y las montañas de la tierra; por eso se ha perdido la fe en Dios. "¿Y cómo os han de invocar sin haber antes creído en Vos?", dice San Agustín.

Por eso Dios no ocupa el centro de nuestros corazones, no preside nuestras mesas de labor, de estudio; se le ha desterrado de todos los sitios; se le ha echado de los sitios de trabajo, de los lugares de juego y de diversión. El en todas partes quiere estar y de todas partes se le ha arrojado, incluso de nosotros mismos, ya que, como dice el Santo: "Dios está en el hombre y el hombre está en Dios".

Quiere San Agustín después, desvanecidas las olas que le arrastraban al mal, morir en su propio cuerpo para llegar a una perfecta unión con Dios. Quiere así el llegar a aquella imperturbabilidad que tanto ansiaban los griegos; quiere conseguir así la perfecta tranquilidad de ánimo, la íntima unión con Dios. Así se lo pedía con todas las veras de su alma, y aunque sabía que Dios le escuchaba, que no estaba allá postergado en la región de las esferas cristalinas contemplando su obra, sino que se hallaba allí, muy cerca de él; había hecho de su vida un templo; quiere que vaya y reforme lo que era su obra para hacer un aposento digno a la casa del Señor: "Estrecha es, Señor, la casa de mi alma; está para derrumbarse y amenaza ruinas."

SAN AGUSTIN COMO EJEMPLO

San Agustín entra en la sociedad, en aquella sociedad que se le presentaba en acuarelas, vivió su vicio, su lujo, su maldad, su engaño, su desenmascarada bajeza, la vivió completamente y bebió hasta la saciedad de ella, viviendo una vida de perfecto mundano en aquel cubil de alimañas que esperan expectantes una nueva víctima, que, cuando llega, la despojan de sus virtudes, le devoran sus facultades e irónicamente le dicen: "Tú ya eres de los nuestros; tienes que portarte socialmente como nosotros..." Y aquel nuevo ser que ha caído en sus redes tiene como misión arrastrar a otra, y ésta a otro, formando una cadena que va dejando tras de sí una estela de pecado, un sendero de desolación.

Se queja San Agustín por el mal que a su alrededor le hacían unas fábulas que iba leyendo. Y qué son, sino enormes fábulas del mal esas noveluchas de literatura

barata que se venden en cualquier parte, a cualquier precio; las llevan los vendedores ambulantes, su portada va presidida por una figura inmoral, por un título seductor, cuanto más ponzoñoso, mejor; cuanto más malo, con más ansia deseamos adquirir su posesión. Qué son sino grandes fábulas del mal esos artículos virulentos encabezados por un autor quizás famoso, y escritos por el demonio; presentan miel a la vista, pero segregan hiel al corazón. San Agustín leyó unas fábulas que habían de hacerle mucho mal, y lo que es peor, como él mismo nos cuenta, se "deleitaba en ellas y las aprendía gustoso; por eso se decía de mí que era un hombre de grandes esperanzas". ¡Hasta este extremo llegaba la ironía humana!

Cometió un hurto. San Agustín lo dice, se lo recrimina y lo vuelve a confesar. Estaba casi obsesionado con aquello, que no había sido sino una travesura de su juventud. Olfatea y rebusca una y otra vez para encontrar las causas que le habían inducido a ello con el mismo tesón que un perro olfatea la pista deseada, para encontrar los motivos que le movieron a ejecutarlo, las circunstancias en que lo hizo y la serie de consecuencias que de él se habían de derivar. Diríase que tenía una santa obsesión por ello, que le parecía imposible que una creatura se rebelase contra su creador en este mandamiento; que por oscura y malsana que tuviese su alma, de ella no podía salir, de ninguna manera, el grito de "Non serviam" al séptimo precepto divino.

¿Y qué? ¿No es éste un gran ejemplo de santo, un auténtico, un formidable ejemplo de santo para todos aquellos que estamos acostumbrados a leer día tras día en la prensa los hurtos que se cometen?

Parece ser que estamos en una etapa en que el hurto es el principal aliado que buscan los hombres. No nos conformamos con lo que se nos ha dado, sino que queremos acaparar más y más. Y esos desgraciados protagonistas de la tragicomedia cuyo fin es apoderarse de lo ajeno, ¿acaso no se jactan de ello? ¿Acaso nuestras clases sociales no mantienen un constante engaño, un ir y venir de bienes a través del hurto? Se ha formado una verdadera legión de pillos, usurpadores, salteadores, rateros, avaros, ricos indeseables..., cuyo nombre común había que colocar entre rejas: "ladrones". Marchan bajo un estandarte que se identifica con su ideal, y siendo la escoria de la canalla, la degeneración del bandido y del pirata, su nivel social se halla debajo incluso de la chusma, el populacho y la plebe. El vil metal que forma el dinero, ha pasado desde su condición de tal a rey del mundo, rey de reinos, de imperios.

Los discos redondeados que ostentan en relieve el perfil de los amos del mundo son los encantantes del vicio, la corrupción y la muerte. Por los cuales el hijo mata al padre, el hermano defrauda al hermano, la esposa es infiel al marido, el salteador asesina al caminante... Si hiciésemos como aquel diablo cojuelo: levantar los tejados de las casas y contemplar lo que contienen, veríamos que ninguna es alegre si en él falta el dinero. La alegría y el dinero se han hermanado de tal forma que cuando falta el uno se trueca en lágrimas el otro.

Acapara la vida de todas las casas: de la casa hogareña, de la casa de cambio, de la casa de juego, de la casa de vicio, de la casa de perdición...

Estos son los estragos de las hostias con que comulgan visiblemente los adeptos del demonio. San Agustín sólo había cometido, en un huerto ajeno, un pequeño hurto, ¡y no acertaba a comprenderlo!

Tenemos también mucho que aprender de aquel pasaje en que San Agustín nos habla de las malas compañías. "¡Oh amistad enemiga y perversa!" Hemos de comprender que un amigo no siempre resulta ser un tesoro, sino que es una cadena que ata.

Lo que un hombre no haría solo por nada del mundo, dos sí se atreverían a ejecutarlo. Cuando se juntan tres, los defectos del uno se van canalizando rápidamente hacia los otros. De no haber tenido San Agustín aquellas amistades, no hubiese nunca cometido aquel hurto de que tanto se apenaba.

Pero mantiene una sincera amistad con un amigo suyo, llamado Alipio, un enfermo del alma como él, pero que quiere sanarle, quiere prodigarle los cuidados de la cura-

ción, antes de curarse él; le aparta de sus desvarios, le acoge con amor paternal, puro, desinteresado. El amor de un padre es verdadero amor, el del esposo es receloso; el del amigo, interesado; pero el amor que tiene un padre es amor perfecto y puro. Así nos enseña a amar San Agustín.

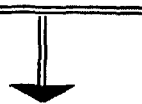
Nos cuenta su pernicioso, turbulenta y alocada juventud: "Deseaba ardientemente saciarme de las cosas de aquí abajo." Trae a la memoria las fealdades y torpezas en que se hallaba sumergida su alma. Se retorcia en el cenagal de sus pasiones, las cuales hervían en su alma, y la concupiscencia le nublaba el corazón. Había caído en aquel bajo foso, en un lodazal, en la charca inmundada de donde salen vaharadas de pecado y que nosotros también muchas veces encontramos nuestra alma. En el horrible pecado lujurioso, que va dejando tras de sí un ejército de tímidos, egoístas, falsarios, crueles, traidores..., miasmas putrefactos. Una corteza de podredumbre recubre sus corazones. Leprosos del alma, no sabemos levantarnos virilmente, como él lo hizo, porque a todos nos dice que podemos sanar. Su obra, lejos de oscuro pesimismo, rebosa un centelleante optimismo; es como una piedra que se lanza sobre el lago del alma, que la acoge, y esta piedra engendra un círculo; éste, otro, y otro, y otro..., se va formando un verdadero cristiano, un prototipo de hombre, una ecuación suprema de ideal de perfección.

Nos enseña a salir de nuestro caracol, donde estábamos aletargados, y enfrentarnos con la realidad. A estirar nuestra alma para poder desdoblarse sus arrugas.

Una producción de éxito permanente con un jardín relampagueante de bellas frases. Una biografía trazada destilante de cálida vitalidad y estremecida por los golpetazos de la palpitación del desnudo corazón de un hombre pagano. Una obra que nos enseña, quitado todo respeto humano, el buscar el "yo" que llevamos dentro de nosotros mismos, el traducirnos al exterior a los que estamos encerrados en nuestra torre de marfil, circundada por un foso de aguas turbias, pestilentes como las de una cloaca, que nos hacen insoportables y hacen que los demás esquiven nuestro contacto, desdeñosos o temerosos de contaminarse.

Fue, en fin, un broche de oro a mis lecturas este perfecto abondamiento psicológico. Pero, a pesar de todo, mi vida, en busca de un amigo, continúa.

editorial



BELLO

EDICIONES DE OBRAS DE TEXTO

Dirección comercial:

Barcas, 5 y Grabador Esteve, 29

Teléfonos 21 28 00 y 22 77 29

V A L E N C I A